

MEMPO GIARDINELLI

LA ÚLTIMA FELICIDAD
DE BRUNO FÓLNER



Giardinelli, Mempo

La última felicidad de Bruno Fólner. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Edhasa, 2015.
152 p. ; 22.5x14 cm.

ISBN 978-987-628-377-9

1. Narrativa Argentina. 2. Novela. I. Título
CDD A863

Diseño de cubierta: Juan Balaguer y Cristina Cermeño

Primera edición: agosto de 2015

© Mempo Giardinelli, 2015
© de la presente edición Edhasa, 2015

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tel. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tel. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

ISBN: 978-987-628-377-9

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Impreso por Arcángel Maggio - División Libros

Impreso en Argentina

Esta edición de 3.000 ejemplares de *La última felicidad de Bruno Fólner*, de Mempo Giardinelli se terminó de imprimir en Arcángel Maggio - División libros, Lafayette 1695, C.A.B.A., el 31 de julio de 2015.

“Usted es un hombre hecho, es decir deshecho, como todos los hombres a su edad cuando no son extraordinarios”.

Juan Carlos Onetti. “Bienvenido Bob”

—¿Nombre?

—Bruno Fólner —dijo y sintió en el acto una oscura satisfacción. Acababa de inventarse.

El hombre le dio las llaves de la habitación 205, le dijo que no había ascensor y debía subir por la escalera, y que el desayuno se servía de siete a diez de la mañana en el barcito que miraba a la bahía.

Con una mano se colgó el maletín al hombro: ahí llevaba la pequeña computadora, el pasaporte y 34.000 dólares. Con la otra mano alzó la valija, preguntó desde qué hora se podía cenar, asintió cuando escuchó desde las ocho y se dijo bueno Bruno ahora empieza el baile, aunque lo que pronunció en voz alta fue un simple y amable «gracias». Y subió por la escalera a paso lento, seguro.

Tenía 64 años, estaba sano y aunque cansado por el viaje se sentía estupendamente bien. No era para menos: había tomado, finalmente, la segunda gran decisión de su vida. Pero ésta era una vieja fantasía, que sólo en los últimos meses había planificado y postergado por miles de razones, todas atendibles, y que se resumían en una sola: el miedo.

Quizá las cosas deben madurar lentamente, nomás, o acaso es cierto aquello de que el hombre propone y Dios dispone, etcétera, quién sabe, se dijo mientras subía al piso superior. Se sentía no exactamente de buen humor, pero sí poseído

por una especie de ligero optimismo que, vaya paradoja, lo llenaba de culpa. La cual desechó velozmente cuando abrió la puerta y comprobó enseguida que era una linda habitación. Le gustaría mucho estar allí.

El hotelito tendría unos diez o doce años de construido, con esa modernidad típicamente brasileña, de baldosas grandes y colores claros, la amplia ventana que a esa hora del crepúsculo ofrecía una magnífica vista del mar y todo lo que él necesitaba: un escritorio de madera de pino claro con tres cajones a un lado, wifi libre las 24 horas y un frigobar que ya se encargaría él de llenar a gusto. Sobre la pared que comunicaba con el baño, la cama doble parecía adecuada. Comprobó con las manos que tenía un buen colchón, duro y resistente. En la otra pared, y junto al escritorio, un placard de sólida carpintería de pino, sobrio y amplio, y dentro de él y empotrada en el muro, como esperaba, la caja de seguridad en la que guardó los documentos y el dinero.

Todo estaba bien para empezar una nueva, última vida.

—El baile —se dijo mirándose en el espejo del baño luego de aprobar las instalaciones y con una sonrisa amplia, tan infantil y gozosa como inconveniente—. Ahora empieza el baile, Bruno Fólner. Lo que hiciste ya está hecho. Se acabó la melancolía.

Y regresó al dormitorio, comprobó que eran poco más de las siete, se dijo que no daba más del cansancio y se echó sobre la cama y estuvo mirando cómo el ventilador de techo giraba, lento y silencioso, perfecto, hasta que se quedó dormido.

Esa misma tarde en que llegó al pueblo dando por finalizada su huida, y pocas horas después de haber inventado a Bruno Fólner, él mismo no sabía que Praia Macacos podía ser un destino. No se lo había propuesto, no tenía planes ni idea de adónde ir a parar, aunque sí supo, inexplicable pero concluyentemente, que por esos rumbos terminaba la fuga. Sabía que de continuar con rumbo nor-noroeste podía llegar a São Luis o a Belém, que había leído que eran ciudades muy grandes, pero él no quería ocultarse en ese tipo de urbes. Y más arriba se acababa el continente. Se había fijado en un mapa y estudiado el asunto: más allá estaba Macapá y después las Guayanas. Evaluó seguir, pero de pronto sintió que ya estaba bien, que no necesitaba ir más lejos y además el clima tropical de esta región le agradaba y le sentaba bien, a sus bronquios de ex fumador y a su alta tensión arterial, siempre traicionera.

Llegó a la Pousada da Baleia, en Praia Macacos, por absoluta casualidad. Aquel mediodía simplemente tomó un bus interurbano que salió de la terminal de Fortaleza, con la intención de quedarse donde le diera la gana, y como a la hora y pico de viaje pasó por allí. El bus se detuvo en una terminalita pintada de rojos y anaranjados furiosos, con un techo de tejas azules. San Lorenzo, pensó, los colores de los cuervos. Y también del Barsa. Y así pensando bajó a hacer pis sin soltar la pequeña valija y después estiró los brazos hacia atrás como

para que tronaran sus vértebras, y entonces vio, de refilón, el mar. Se asomó a una lomadita y observó que el pueblo que se extendía a lo largo de la bahía era pequeño, modesto y simpático. En la rada había algunas chalupas y barquitos de poco calado, típicos de pescadores locales, que imaginó camaroneros. Le gustaron, como le gustó la bahía y la pequeñez del lugar, y entonces volvió al bus, buscó a ver si se había olvidado algo, y enseguida descendió, siempre valija en mano. Había llegado. No importaba a dónde. Final del viaje, se dijo.

Un rato después supo que eso era Praia Macacos y decidió quedarse allí por la sencilla razón de que le agradó el sitio. Preguntó y le indicaron, a mitad de la bahía, ese hotelito con pinta de emprendimiento familiar que parecía limpio y no debía tener más de una docena de habitaciones. Y en cuyo frente y sobre el dintel de la puerta de entrada alguien había pintado una sonriente ballena azul, que a él le pareció que le traería buena suerte. La iba a necesitar.

Soy yo, se dice un rato después y mirándose en el espejo del baño. El mero personaje que está inventándose soy yo. Mi nombre verdadero, el de mis documentos hasta ahora, no importa. O sí, pero no quiero decirlo, me he prometido nunca más pronunciarlo. Digamos que las iniciales (falsas, desde luego) eran G.R. Bueno, G.R. ha muerto. No sólo Sarita. Y a ambos los maté yo.

Se lava la cara inclinado sobre la canilla, se suena los mocos y después de secarse se mira las manos. De pie ante el espejo, donde su imagen está quieta como si fuera una fotografía, observa los dedos medios de cada mano. Están curvándose, y sobre todo el izquierdo se parece ya a la garra de un carancho. A veces, por las mañanas, siente que la izquierda está como adormecida. La sacude, friega una mano contra la otra y luego se restablece la normalidad: siguen siendo manos hábiles. Pero esas pecas, esas manchas representan el duro reloj del tiempo.

Apaga la luz y camina del baño a la ventana, comprueba que es noche cerrada y que miles de luces danzan titilantes sobre la movediza superficie del mar. Por un instante le parece que todo en el mundo está mal y siente un súbito pánico, que descarta atribuyéndolo al cansancio por los vuelos, las escalas y el largo viaje en autobús.

Así lo hizo saber a todos. Desde la frontera mandé un imeil a los chicos; a Arturo, mi suegro; a la hermana de Sarita

y a mis editores, mi agente y un par de medios nacionales y algunos extranjeros que sé que pueden interesarse. También envié copias a dos librereros amigos, a los tres únicos colegas que aprecio y cuya opinión siempre me ha interesado, y a mis amigos-hermanos en el mundo: Alberto, que es poeta y enseña en Iowa, un tipo bueno como el pan y el único cuya opinión verdaderamente me importa; Lautaro, que vive y trabaja en Tierra del Fuego con algas marinas y hace experimentos en busca de la espirulina perfecta, masiva y barata para salvar al mundo; y Elena, que empezó a recorrer Europa hace veinte años y todavía no se detiene después de media docena de maridos y dos hijos que lleva como una madre kolla. Ninguno de sus amigos entendemos cómo hace para conservarse linda y encantadora sin dinero, y arrasada, cada dos por tres, por diferentes policías migratorias.

A todos les dijo más o menos lo mismo:

Subject: El fallecimiento de G.R. Y en el texto, para no causarles un dolor adicional inútil ni ser odiado por alguna supuesta perversión, simplemente escribió:

“Me voy, desaparezco; nadie me busque. Terminé con la vida de Sarita por amor y espero que así lo entiendan, y si no, será cosa de cada uno. No estoy enfermo, sólo me voy y no pienso volver. Disculpen si les causo dolor, desilusión o cosa parecida, y ojalá me perdonen si quedan trámites gravosos pendientes. Yo cargo con mi pena, con toda la responsabilidad y la entera culpa. Gracias por el cariño que me, y nos, dieron. Los he amado casi tanto como los amó Sarita. Recuérdennos bien, si pueden, y sepan que cada vez que yo los evoque a ustedes será con alegría. Los abrazo fuerte. G.”.

Y nada más, se dice, severo y concluyente. Nada de dramatismos excesivos. Fuera la cursilería. *Over.*

En su reloj se clavan las nueve de la noche. Buena hora para cenar. Tiene hambre.

Claro que con los hijos fue más difícil. ¿Qué adulto no ha pensado alguna vez, y más de una, en la eliminación de su pareja? No digo que uno deba proceder en consecuencia, ni en su fantasía, pero sí que la fantasía de la desaparición del otro o la otra existe y puede ser balsámica. Por causas naturales, digamos, o por accidentes, soñamos y no sin culpas que el otro o la otra desaparecen. Que un día ahuecan el ala, que los pisa un tren, que de pronto se hartan y se van o se los lleva el carajo, lo que sea. La fantasía de la liberación es siempre encantadora, más allá de la culpa. No la admitan si no quieren, no la reconozcan, pero ahí está ella. Y si además hay un cáncer irreversible en el medio, y una degradación física progresiva que comienza por la anulación de la conciencia y desde el vamos condena al enfermo a un ominoso letargo irreversible que no mata de inmediato pero anula todo rasgo de humanidad, hasta dejar a la víctima convertida en menos que una cosa que respira artificialmente, díganme si no es genuino el deseo de que semejante horror se termine de una vez y una mañana luminosa alguien te diga que ese ser al que amaste se murió y que la vida, la tuya, continúa.

Suena el teléfono sobre la mesa de luz y es Jorginho, el posadero. Le pregunta en castellano: “Señor Fólner, ¿gustaría cenar?”

Responde que sí, que justo estaba por bajar, y mientras se calza los mocasines sin medias piensa en la dulzura de ese idioma maravilloso y musical que es el Portugués, al menos el Portugués de Brasil. Pronuncia en voz alta “A Pousada da baleia” y piensa que suena mucho mejor que “La Posada de la ballena”. Y se deja invadir por el placer que le produce otra de las decisiones que ha tomado, ésta hace sólo un minuto: no piensa usar calcetines nunca más en la vida.

Se mira nuevamente en el espejo del baño y se pasa el peine para acomodarse los pocos pelos que le quedan. Sonríe ante ese tipo que está ahí, pero es una sonrisa algo forzada, no falsa pero sí forzada. Es el mismo tipo que anoche se reflejaba en la ventanilla del micro y que era él mismo. ¿O fue antenoche? Lo mismo da, desdeña alzando los hombros, y se dirige a la ventana que está abierta. No recuerda haberla abierto pero le resta importancia. Mira hacia el mar, que se ve razonablemente calmo y en su lomo parece llevar y traer las luces del pueblo. Nadie camina por la rambla. Apenas se ve una sombra blanca unos cien metros a la izquierda, como si fuese el espectro de una mujer de cabellos al viento que se aleja caminando descalza. Luego pasa un coche en sentido contrario, a velocidad inapropiada. Es todo muy fugaz.